

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID, EN LA CENA OFRECIDA EN SU HONOR POR EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE FRANCIA, FRANCOIS MITERRAND

Excelentísimo Señor
Francois Mitterrand,
Presidente de la República de Francia

señoras y señores:

Deseo expresar, en primer término, el reconocimiento de mis acompañantes y mío propio, por las muestras de cordialidad, de cálido afecto y de fina cortesía que hemos recibido del Pueblo y del Gobierno franceses. Reflejan, por cierto, la corriente de respeto, admiración y estima que nuestras dos naciones se profesan.

Es, sobre todo, motivo de profunda satisfacción celebrar este encuentro con el Señor Presidente Mitterrand, en quien concurren los atributos de estadista perspicaz y de luchador infatigable. Sus elevadas dotes individuales y su admirable trayectoria política lo han convertido en una relevante figura del escenario mundial contemporáneo. Ello es garantía de que nuestras conversaciones no sólo fortalecerán el diálogo de ambos pueblos, sino que habrán de señalar, además, mejores rutas y abrir más amplios cauces al entendimiento, a la amistad y a la cooperación entre los dos países.

Muchos mexicanos de mi generación reconocen a este País en el trasfondo intelectual y emotivo de su formación profesional. Pensadores, artistas, científicos, han encontrado en estas tierras un campo privilegiado para el desarrollo de sus ideas, de su percepción estética y de sus investigaciones.

Rindo homenaje a los primeros embajadores del genio francés que estimularon, con el impulso de su avanzado pensamiento, el germen revolucionario y los movimientos de liberación de los pueblos americanos. Descartes, en el origen, y luego Voltaire, Rousseau y Diderot nutrieron, en el amanecer de nuestra patria, la avidez de Servando Teresa de Mier, la agudeza de Miguel Hidalgo y Costilla, la predestinación de José María Morelos y Pavón.

Sus reflexiones sobre aquellos libros, que entonces produjeron movilización e inquietud, hoy son vivo testimonio y referencia obligada de nuestras alianzas originarias y de nuestras más elementales afinidades. Trascendieron y siguen imponiéndose a los asaltos del tiempo porque representan valores humanos permanentes

y son, sin lugar a equívocos, un llamado perenne en favor de la libertad. En esos instrumentos y en esos postulados, nuestros pueblos pactaron, más allá de fórmulas oficiales su voluntad indeclinable de diálogo y solidaridad.

Bajo la sombra de esos principios e ideas, Francia y México han afirmado una genuina tradición de respeto recíproco, cooperación y amistad que se han fortalecido aun en los enfrentamientos.

Hoy, a cien años de la desaparición física de ese gigante de las letras y de la inteligencia de Francia, Víctor Hugo, México lo recuerda con profundo agradecimiento. Su presencia en nuestra historia no puede desligarse de la de Benito Juárez, que siempre tuvo de su parte la certidumbre del triunfo y la razón histórica. La lección de ambos consiste, principalmente, en que toda intervención, además de socavar las bases de la soberanía y la convivencia entre los países, vulnera la propia condición moral del que la ejecuta. Ningún Estado puede luchar contra sí mismo. No existe en el mundo nación capaz de resistir la mutilación de su propia conciencia.

Esta enseñanza imperecedera cobra, en nuestra época, perfiles de ominosa vigencia. La paz de los pueblos es una institución endeble y su preservación constituye, por lo mismo, nuestra mayor tarea. En cualquiera de sus variantes, la guerra comprende la imposición de obstáculos al alcance natural de las sociedades. Es, por decirlo así, un atentado al porvenir.

Desde la última conflagración mundial, hemos vivido cuarenta años de una paz frágil e insegura. Las grandes poblaciones del planeta aún esperan los beneficios de un progreso económico y tecnológico que, lejos de favorecer su desarrollo, ha contribuido en cambio a la concentración de riqueza y poderío militar de una minoría de Estados cada vez más opulentos.

En la declaración de Nueva Delhi, de enero de este año, México y otros países con preocupaciones coincidentes han hecho un llamado a las potencias nucleares que no debiera ser desoído. Representa el clamor legítimo de los pueblos para asegurar el respeto irrestricto de sus derechos elementales a la existencia, a la paz, a la dignidad y al progreso. No es otro el espíritu con que ha de ser iniciada la cruzada en favor de un desarme general, completo e irreversible, que reoriente hacia el desa-

rollo los inmensos recursos que hoy son dedicados a las empresas de la muerte y de la guerra.

En otro extremo, la crisis económica ha multiplicado su impacto negativo sobre las expectativas de desarrollo de numerosos países. Las insuficiencias de los sistemas productivos, la grave carga de la deuda externa, en cuyo servicio se sacrifican proporciones sustanciales de los recursos de nuestros pueblos, la severa contracción de las corrientes mundiales del comercio y la agudización de los problemas del financiamiento forman una intrincada realidad que exige, con urgencia, soluciones integrales a la vez que respuestas inmediatas.

Ello se advierte en el Consenso de Cartagena, en el cual once países de América Latina propugnan por la instauración de un diálogo de naturaleza política entre deudores y acreedores que no sólo permita enfrentar, con buen éxito, las nocivas repercusiones del endeudamiento externo. Procura también la articulación de los esfuerzos internos de cada nación en un marco más amplio de cooperación internacional. El propósito central consiste en poner fin al absurdo de que nuestros pueblos sigan exportando capitales indispensables para su desarrollo. Sabemos, por supuesto, que estamos ante un proceso que reclama la reactivación del comercio y del financiamiento así como de otros instrumentos económicos vinculados entre sí.

Conocemos su preocupación, Señor Presidente, por el destino de los países en desarrollo y por la creciente brecha entre estos y los Estados industrializados. A raíz de la reciente reunión de Bonn, observamos la notoria importancia que Francia concede a la restauración de principios y normas que den plena vigencia a vinculaciones más dignas, justas y equilibradas entre las naciones. Estamos convencidos que seguirá otorgando su respaldo entusiasta a las tareas destinadas a remover las actuales barreras del progreso económico y, en mayor escala, a transformar la estructura de relaciones de dominación entre los pueblos.

Francia y México comparten la idea de que, en gran medida, los efectos más agudos de la crisis se han convertido en el detonador de tensiones regionales que amenazan la estabilidad internacional. Los conflictos en América Central son, por cierto, una infortunada demostración de esta tesis. En esa área geográfica se asientan las profundas contradicciones y las no menos graves fisuras de un desarrollo económico, político y social insuficiente.

La justicia de ley, decía Montesquieu, no puede separarse de la aspiración de equidad en el hombre. Ahí radica, sin duda, el derecho del que nada tiene. En el istmo centroamericano, los pueblos que de tanto carecen sólo exigen una conducta equitativa y elemental, que no les puede ser negada mediante la falaz concepción de la lucha ideológica entre el Este y el Oeste.

Francia está presente en este trance de la paz en América Central. Sabemos que no escatimará esfuerzos en favor de la cooperación que requiere el desarrollo

de esos pueblos. Su participación individual o en compañía de otros países europeos podría beneficiar la búsqueda de soluciones y, por encima de todo, contribuir al establecimiento de condiciones económicas y sociales que impiden la regeneración de los conflictos.

Señor Presidente:

Francia y México poseen muy antiguos lazos de amistad. La franqueza ha de ser, por ello, un requisito primordial de nuestro diálogo. Vivimos el tiempo propicio para hacer de nuestras convergencias y afinidades una realidad de colaboración binacional más eficaz y benéfica en todos los órdenes de la actividad.

El comercio, las inversiones conjuntas, la transferencia de tecnología y la complementación industrial debieran incorporarse, con una óptica integral, en un esquema de cooperación económica de más amplios alcances que reproduzca, en cada caso, las aspiraciones generales del nuevo orden internacional.

De modo paralelo, es necesario estimular los proyectos conjuntos en las áreas que ofrecen mayor potencial, como serían la minería y el sector agropecuario, al igual que en los campos en que hemos venido actuando con resultados mutuamente provechosos.

En el ámbito de la cultura y de los intercambios educativos hemos avanzado de manera más rápida y determinante. No obstante, en estas materias debemos esperar aún más de nuestras relaciones. Ambos pueblos integran, en verdad, una sola aspiración comunitaria que se funda en el conocimiento, en el afecto y en el contacto permanente. Hagamos de estas coincidencias el nutriente fundamental de una vinculación llamada a ser ejemplo en la vida internacional de nuestros días.

Señor Presidente:

Usted ha señalado en sus palabras de hace unos momentos, que mucho tenemos los franceses y los mexicanos que platicar de la historia, de una historia gloriosa en cada uno de nuestros pueblos; de una historia común, sobre todo a partir de que a fines del siglo XVIII brotan las revoluciones democráticas modernas, de las que Francia se convertiría en un modelo que inspiraría las revoluciones de independencia nacional de los pueblos de América Latina, como una de sus fuentes más importantes.

En Francia siempre se ha tenido un espíritu revolucionario, si entendemos por tal un espíritu abierto siempre al cambio, a la transformación, a no tener miedo a abandonar la inercia, a estar siempre dispuestos a corregir lo insuficiente, a construir permanentemente bajo la guía de la razón y de la imaginación del hombre.

Por eso Francia sigue siendo inspiración para los pueblos que quieren afirmar su propia soberanía, para los pueblos que quieren combinar la democracia y la libertad, para los pueblos que saben que no existe democra-

cia ni libertad sin un orden social justo, en una sociedad sustancialmente igualitaria, en donde no sean los privilegios la fuente del poder.

Por eso Francia y México pueden platicar de la historia, pero pueden platicar también del presente y pueden igualmente proyectar el futuro.

Porque tenemos una base común, porque tenemos una amistad sincera, cálida y fructífera, estoy cierto, Señor Presidente Mitterrand, que mucho hay que hacer en el futuro, en esfuerzos conjuntos, Francia y México.

Es por ello que a esta visita debe dársele la relevancia no sólo de estrechar relaciones bilaterales que — como usted señala— van bien, sino también la de un diálogo de dos sujetos responsables ante la comunidad internacional.

No podemos dejar que el mundo sea manejado solamente por las superpotencias. Si queremos afirmar nuestra proyección hacia el futuro como naciones soberanas, tenemos que preocuparnos de los problemas fundamentales de la Humanidad.

México se siente asociado con Francia y se siente estimulado por el diálogo con su cultura y por el diálogo con su Presidente Francois Mitterrand, hombre de su tiempo, hombre de la historia y hombre del futuro.

Invito a todos a alzar nuestra copa y brindar por la salud personal del Presidente Mitterrand, la salud de su esposa, por la amistad de Francia y de México.

París, Francia, 20 de junio de 1985.